

poblacion, nadie como Francisco podia darme á conocer el carácter de mis nuevos convecinos.

Donde quiera que fueres haz lo que vieres, dice el refran; pero para ver son de gran ayuda los ojos de un sacerdote, que están acostumbrados á penetrar hasta en el fondo de las conciencias.

Llegó la tarde del dia siguiente templada y hermosa, y pasando el Ibaizábal por el puente de Isabel II, nos dirigimos á la amena llanura de Abando, entre cuyas heredades y frecuentes caserías abundan aquellos caminos vecinales que llamamos estradas, y son muy gratos desde que Abril puebla sus enramadas de hoja, flores, frutas silvestres y pájaros, hasta que Noviembre las despoja de todos estos atractivos.

Cuando yo era niño oia contar que el diablo se aparecia al que le invocaba la noche de San Juan á las doce en punto, en sitio donde no se oyeran campanas. No porque tuviese yo ánimo de invocar al diablo y mucho ménos porque desease que se me apareciera, sino por pura curiosidad y propension á averiguarlo todo, solia yo echarme á pensar cuál sería el sitio donde no se oyeran campanas, y nunca daba con él, porque en Vizcaya hasta las soledades del alma, donde nunca solian faltar amores divinos y amores terrenales, eran escasísimas; pero á pesar de esto, casi á las puertas de Bilbao, hay una soledad tan misteriosa, tan callada, tan honda que parece hecha de encargo para meditar y para comunicarse dos almas allí encerradas, sin que los rumores del mundo exterior vengán á turbar sus confidencias.

Casi encima, en los castañares de la izquierda, suele

alzar su argentina vocecilla la campana de Larrasquitu, y casi á su entrada, al terminar el llano de Abando, canta el dia de fiesta la campanita de Elejabárrri; pero dudo que la voz de la primera consiga descender, ni la voz de la segunda consiga entrar al fondo del profundo, estrecho y retorcido valle de Iturrigórri.

Hay, al mediar éste, una caudalosa fuente ferruginosa que le ha dado nombre. Hasta aquella fuente llegan las exploraciones del mundo clorótico y sus satélites, que se horrorizan de pasar de allí.

Francisco y yo no sentimos este horror, pues no satisfechos con la soledad de las estradas, tomamos la márgen del riachuelo y no nos detuvimos hasta llegar al límite del hondo vallecillo, donde nos dió el alto el casi vertical estribo del Pagazárri.

¿Cuál fué nuestra conversacion durante este largo paseo? Narrarla es imposible, y aún para resumirla se necesita capítulo aparte.

III.

CONFIDENCIAS.

— ¿Cómo, me preguntó Francisco, te has hecho escritor?

— ¡Ay! suspiré por única contestacion, y tambien fué la de Francisco un suspiro cuando á mi vez le pregunté cómo se habia hecho cura.

Era sin duda que volviámos la vista, yo al espacio que habia entre los cantares recogidos por el viento, ba-

jo los nogales de Santa Gadea, y los cantares recogidos por la imprenta bajo los olmos de Madrid; Francisco al espacio que habia entre los sermones predicados desde el tronco de un nogal, á los sermones predicados desde el púlpito de una basílica!

—¿Quién te dió aliento para llegar al periódico y el libro?

—El que te le dió para llegar al altar y el púlpito.

—Yo sentia una irresistible fuerza interior que me impulsaba hácia la iglesia.

—Y yo sentia otra, tambien interior é irresistible, que me impulsaba hácia la imprenta.

—Sacerdotes somos los dos de la hermosura moral....

—¡Pero tú estás más cerca de Dios que yo!

—Por eso necesito más que tú preservarme de toda mancha.

—Esa mano amiga que levanta la hostia consagrada y en nombre de Dios perdona y bendice, será para mí de hoy más excelente guía.

—Y para mí lo será la tuya que.....

La modestia, como ahora se dice inmodestamente, no me permite reproducir los inmerecidos elogios que Francisco hizo de la mano que se enlazaba en aquel instante con la suya.

Francisco me contó al fin su vida desde que nos separamos en la aldea natal hasta que volvimos á vernos en Bilbao.

Su vida, hasta que se ordenó de misa, era una serie de sacrificios, de abnegacion, de privaciones, cuyo relato me hizo avergonzar de haber tenido hasta entónces por

heróicos mis sacrificios, mi abnegacion y mis privaciones para llegar á escribir libros. Su madre, como la mia, habia descansado en el Señor, bajo los fresnos que somborean el campo-santo de la aldea, ántes de verle llegar al término de sus penosos estudios; y su padre, como el mio, vivia aún, y pasaba dichoso los últimos años de su vida al amparo de su cariño.

—Cuéntame algo, le dije, de Bilbao, del pueblo donde vives hace ya muchos años, y donde yo espero pasar el resto de mi vida. Mi conocimiento de este pueblo se reduce al casi nulo que adquirí en la niñez cuando soliamos venir con nuestras madres á embobarnos con la magnificencia y riqueza de la villa, que tanto contrastaba á nuestros ojos con la de la aldea. Casi todas las grandes poblaciones de España han tenido quien describa sus costumbres, pero no así Bilbao, á pesar de ser una de las más importantes y dignas de ser conocidas, tanto por la originalidad de su fisonomía física y moral, como por su historia, su riqueza y su merecidísima fama en el mundo comercial. Nadie como el que ejerce la cura de almas, con la conciencia y la inteligencia que te son propias, puede conocer al pueblo donde la ejerce, porque el sacerdote está siempre en contacto íntimo con la vida moral y material, así del pobre como del rico, así del bueno como del malo, así del sabio como del ignorante.

—Es verdad, querido Antonio. No tardarás tú en estudiar por tí mismo, y conocer este pueblo como le conozco yo; pero para anticipar en lo posible la satisfaccion de tu curiosidad, tendré el mayor gusto en hablarte de Bilbao y sus moradores, durante nuestros paseos y

afectuosas conversaciones, que no serán tan largas y frecuentes como yo quisiera, por no permitírmelo los deberes de mi estado.

— Por lo visto esos deberes te dejan poco tiempo libre?.....

— Poquísimos.

— Pues no á todos los eclesiásticos les sucede lo mismo.

— A todos debe sucederles lo que á mí.

— Deberá, pero no les sucede, y particularmente á los de las aldeas.

— En la aldea como en la villa, al sacerdote ántes le falta tiempo que le sobra.

— Pues es muy comun oír disculpar ciertas faltas, por no decir vicios, de los curas de aldea, diciendo : « ¿Y qué quiere V. que se haga en la aldea sino embrutecerse? En la aldea el tiempo se hace eterno por no haber gentes con quien tratar, ni cosa en qué distraerse decentemente. Así es que la única distraccion que allí tiene el que no se dedica al trabajo corporal, consiste en comer y beber. »

— Es verdad que eso se dice, pero tambien lo es que decir eso es un absurdo. El eclesiástico, y áun el seglar, que en la aldea se embrutece, es porque de suyo era bruto ó malo. Donde quiera que hay gentes, por humildes é ignorantes que sean, tiene el hombre de sano corazón y mediano entendimiento con quien conversar y distraerse, sin embrutecerse ni aburrirse. En toda aldea, por miserable y triste que sea, ademas de las gentes, hay otros objetos que son perpétuo, inagotable, hermoso y

dulce manantial de distraccion y serenidad del alma, que son la contemplacion y el estudio de la naturaleza.

— Estamos en eso completamente de acuerdo. Dias pasados, ántes de venir á Bilbao, hice una visita á nuestra querida aldea, y aproveché la ocasion para subir á Montellano. Quejábame el señor cura de que le faltaba tiempo para todo, y le dije : « ¿Por lo visto V. encuentra en la aldea medios de distraerse? — ¿Cómo quiere V., me contestó, que no encontremos en la aldea esos medios, y particularmente los curas? — ¿Y cuáles son los que V. tiene? — Le señalaré á V. los principales. »

Y acercándome el señor cura al balcon de su casa, añadió señalando con la mano los objetos que nombraba : — «Tengo para distraerme aquella iglesia que ve V. entre los castaños; esos libros que ha visto V. en el armario de mi gabinete; esas gentes que ve V. trabajando en las heredades; esa huerta poblada de frutales y flores y hortaliza, que ve V. en torno de mi casita; esos pájaros que cantan en la arboleda; esa fuente y ese arroyuelo que murmuran bajo los cerezos; esas flores y esas hierbas y esas plantas que nacen y viven y mueren y resucitan en los campos que me rodean; esas arboledas que verdean por todas partes; esas montañas, verdes en primer término y azules despues, que se descubren á nuestra vista; ese mar que azulea allá abajo, y ese cielo que brilla allá arriba. Con que ya ve V. que si en las villas y las ciudades hay con qué divertirse é instruirse, tampoco falta en las aldeas. »

— ¡Ah! tenía razon el señor cura de Montellano en decirte que particularmente los curas encuentran esos

medios de distraerse en la aldea. Se comprende que el pobre labrador no los encuentre, ó los encuentre muy limitados, porque su inteligencia no tiene la suficiente cultura para apreciar su valor, pero no que no los encuentre el cura, que para llegar á serlo ha aprendido á leer con claridad en todo aquello en que para su consuelo leen en la aldea muchos curas y seglares! Pero hablemos un poco de Bilbao, aunque hoy tenemos tantas cosas de qué hablar, que me limitaré á resumirte en pocas palabras lo que sé y pienso del pueblo en cuya colina de Mallona quizá descansaremos ambos. Bilbao tiene en la vida privada todas las virtudes del pueblo inglés, y en la vida pública todos los vicios del pueblo español. Sólo hay en él dos clases sociales, la que trabaja con la inteligencia, y la que trabaja con los brazos, porque la que trabaja sólo con los dientes no existe en Bilbao. La primera es la personificación de la laboriosidad y las virtudes domésticas de la clase media británica, y la segunda, sin carecer en absoluto de estas cualidades, tiene la versatilidad, la locuacidad y la intemperancia que caracterizan al pueblo español de las grandes poblaciones. Pero hay dos defectos, que aquí son comunes así á una clase como á otra: el primero de estos defectos es el indiferentismo en la cosa pública, pues se ve con frecuencia que Bilbao deja tomar su nombre y representación á unos cuantos audaces bullidores que se llenan la boca llamándose Bilbao, y el segundo defecto es la presunción que tiene hasta el más ignorante y negado de que es competente para juzgar, sin ayuda de nadie, en política, en literatura, en arte, en todo.

Esta última afirmación de Francisco me pareció algo exagerada; pero algunos años después tuve ocasión de conocer que no lo era.

La basílica de Santiago era un templo precioso, que pertenecía á la decadencia del arte ojival; pero estaba tan estragado por el churriguerismo artístico-religioso, que daba compasión. Personas inteligentes y de buen gusto se propusieron restaurarle, y mediante una suma de medio millón de reales, que sufragó gustosa la villa, y otra suma, de más valor aún, de celo, de inteligencia y de patriotismo que suministraron muchos buenos bilbaínos, la basílica quedó convertida en una preciosa catedralita de la Edad Media, que hoy es el orgullo y la joya artística de la villa. Cuando se abrió al público, y éste llenaba sus naves, lloraban de alegría y orgullo artístico las personas de buen gusto, al ver la transformación del templo, pero se indignaban al ver el desenfado con que emitían su opinión personas que carecían de todo conocimiento artístico, y hasta personas que ni siquiera sabían leer.

Muchas gentes de la clase alta, que podrían entender mucho de comercio, pero que carecían de todo conocimiento del arte arquitectónico y su historia, decían:

—Pues, señor, mi opinión es que es un disparate el haber dejado la piedra de su color natural. ¿Qué costaba haberle dado á todo el interior de la iglesia un buen blanqueo, y así no parecería toda ella vieja?

Y muchas gentes del pueblo, que no conocían siquiera la sintaxis de la lengua en que hablaban y echaban de menos todas aquellas garambainas en forma de altares y

retablos que revestían y ocultaban antiguamente los esbeltos pilares del templo, exclamaban vascónica y magistralmente :

— ¡A perder han echado!

IV.

EMBOSCADA.

Francisco y yo emprendimos la vuelta á la villa, porque el sol doraba con sus últimos rayos el pináculo de las Banderas.

Como yo apenas conocía los sitios por donde íbamos, dejábame guiar de Francisco, á quien, sin embargo, dije, viendo que al entrar en la llanada de Abando tomábamos la estrada de Elejabarri, que es á la izquierda, en vez de inclinarnos á la derecha, que era hácia donde estaba Bilbao :

— Me parece que rodeamos yendo por aquí.

— Pero hallarémos un buen descansadero para continuar nuestro camino, me contestó Francisco sonriendo afectuosamente.

Al llegar á la campa de Elejabarri, que es hermosa y está sombreada de grandes robles, creí que aquel fuese el descansadero de que hablaba Francisco; pero sólo nos detuvimos allí para descubrirnos la cabeza delante de la ermita de San Juan, y seguimos adelante tomando una nueva estrada.

Aquella ermita, que conserva y cuida con piadoso esmero la ilustre familia de Nobia, de cuya antigua casa

solariega da testimonio un cercado con cubos en sus ángulos que se ve enfrente, trae á mi memoria un triste recuerdo que voy á consignar en este libro para que se vea cómo germina en los corazones más sanos la semilla del mal que esparcen los necios ó malvados.

Existía en Bilbao una piadosa y benéfica asociación de operarios del arte de imprimir y sus afines, bajo la advocación y protección del mártir San Juan Ante-portamlatinam, á quien también en Madrid tienen por patrono los operarios de los mismos gremios. Aquel santo es el que se venera en la ermita de Elejabarri, donde la asociación celebraba el 6 de Mayo una solemne fiesta religiosa, y luego pasaba el resto del día entregada con su familia y amigos á honestos solaces en el hermoso campo inmediato.

Quando á consecuencia de la revolución política de 1868 empezó á dar desde los periódicos, desde los folletos, desde los libros y hasta desde la tribuna parlamentaria y gubernamental la inesperada y portentosa nueva de que no había Dios, y por consecuencia no había santos ni cielo, los buenos, los honrados, los piadosos impresores de Bilbao, sin duda se apresuraron á creer aquella triste nueva, pues despojaron al santo mártir del protectorado de su asociación y se le dieron á Gutenberg. Los impresores de Madrid fueron menos crédulos, sin duda porque conocían más de cerca á los que daban la nueva de que no había Dios, y continuaron invocando la protección del mártir romano en el concepto de santo, y honrando á Gutenberg sólo en el concepto de inventor de la imprenta.